

2

Esta no se hizo esperar. Venían sonrientes. En las manos de uno de ellos un pedazo de papel de periódico, agarrado por las puntas, contenía el "globo" famoso.

—Mire, aquí tiene. Un "globo" completo.

Y abrió ante nuestros ojos el envoltorio. Dentro del papel había unos puñados de arroz, unos restos de carne, la cabeza de un parguito, unas papas y un pedazo de pan.

Y mientras Aristides aprestaba la gráflex, los tres chiquillos comenzaron en el reparto en plena acera.

—¡Ey, no me des la mala... Déjame carne...!

—Hay dos papas nada más... Así que uno se come el pan en vez de papas...

—¡Yo!, ¡yo!, gritaron al unísono los otros dos. Pero el mayor, con autoridad reconocida, dió el pan al más pequeño y una de las papas al otro, tomando la otra para sí.

Así les retrató Aristides, comiendo con la mano aquellas sobras de quién sabe cuantos platos, mientras la gente pasaba y repasaba, ajena a la tragedia de aquellos tres habaneros.

TODA UNA ORGANIZACION DE HAMBRIENTOS

Cuando terminaron, ya más comunicativos nos dieron más noticias sobre ellos y sus vidas. Eran, hace unas semanas, perfectamente desconocidos uno para otros. Proceden de distintos barrios y son, eso sí, hermanos en la común desgracia de vivir en un misero cuarto de solar, desatendidos por sus padres, preocupados con la tragedia diaria de tener que buscar el pan. Y por eso se unieron en una de tantas pandillas que se dedican mañana y tarde a comprar "globos" en las fondas de la zona. Los quillos se buscan pidiendo limosna, haciendo mandados, cualquier cosa. Después, cuando está completo el "níquel", uno compra el "globo" que se reparten equitativamente en el rincón de una escalera, en un portal, bajo la escalinata del Capitolio, en cualquier parte. Y después otro "globo" y otro hasta que el hambre se acalla y se puede emprender la jornada de regreso al solar, donde ya las luces están apagadas y donde la familia duerme, tal vez sin haber podido, como ellos, comer algo.

EL DESPACHO

—Y ahora, vamos a buscar otro "globo".

—Ese lo pagó usted. Hoy es una buena noche.

Y marcharon hacia otra fonda.

Ahora les seguimos. Cruzamos tras ellos por entre las mesas donde la gente come tranquilamente, mirándonos al pasar con cierta extrañeza. El chino no nos dice nada y llegamos hasta el vertedero. Allí, sobre una mesa se agrupan los platos que los dependientes retiran del salón. Un empleado vierte los restos de comidas en latas. Es la clásica "comida de cochinos" que los carretones vendrán a recoger, ya entrada la noche, para fincas cercanas. Pero es también—lo hemos aprendido esta noche—la comida de una veintena quizás, de niños habaneros desamparados por el gobierno, criados en la miseria, productos de esta sociedad injusta que así recoge de esas latas, sobras de gente sana unidas a las que dejaron en los platos, tuberculosos o sifilíticos.

Los chicos posan otra vez para la cámara de Aristides. Los dependientes ríen. Algún cliente curioso deja en alto el tenedor, queriendo averiguar lo que pasa allá atrás.

Nosotros, seguros ya de que la "plancha" ha sido tirada no queremos ver cómo nuestros invitados adquieren su segundo "globo" y nos retiramos en busca del tranvía

que nos lleve a la redacción.

CONTRASTE

Por Neptuno fluye y refluye la oleada humana. Mujeres perfumadas y elegantes que van al cine o salen de comer. Blancas guayaberas y pulcros trajes de frescolana. Numerosas personas ante la taquilla de los cines de estreno. Un carro anunciador pasa, pregando en la voz, ya ronca, del anunciador las "promesas" del candidato títire al electorado.

Al verlo y oírle no podemos hacer otra cosa que pensar en lo que acabamos de ver. Esos niños comiendo sobras son parte de la obra "cubanísima" del gobierno grausista. Con los millones dilapidados al tesoro público podían haberse creado escuelas, asilos, comedores, instituciones de cuidado y enseñanza para la niñez cubana. Pero el grausato, todo amor, no lo siente por los niños, sino por las cuentas bancarias de sus

paniaguados. Y Prío, proclama que seguirá y completará la obra de "su maestro". Es decir que, entre otros muchos males, seguiremos viendo cómo niños de seis, siete u ocho años disputan en las aceras de la Habana por unos restos de comida que estuvieron en principio destinados a los cerdos y como hay otros muchos en iguales condiciones de miseria que ni siquiera eso pueden llevar a la boca, mientras los jefes gubernamentales amasan millones, compran propiedades y edifican casas.

Claro está que el mal viene de más hondo, que es una lacra de la sociedad capitalista que no extirpará Prío, ni Núñez Portuondo puesto que para ello se necesita pensar y sentir de otra forma. Pero un gobierno que tanto interés tiene en llamarse cubano, bien puede, al menos, preocuparse por la salud de los niños, por la vida de los ciudadanos del futuro.

Esto, claro está también, no lo entienden así nuestros políticos al uso. Y seguiremos teniendo indigentes, niños famélicos, hambre, tuberculosis, miseria y explotación. ¿Seguiremos?... No, bien sabemos que habrá un día en que todo eso terminará.

Copy, Mayo 23/48



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Sobras y más Sobras: Menú de Niños Hambrientos



Niños con hambre. Y esta les lanza en busca de algo que echarse al estómago. Y así salen en busca de lo que en el argot popular ha recibido el nombre de "globo". Arriba vemos el lugar, vertedero de una fonda, en que se despachan los "globos". De esas latas sale el almuerzo y la comida de un grupo de chiquillos habaneros como

esos que ilustra la foto de arriba. En la inferior comen en plena calle. Comen con las manos, a puñados, con hambre verdadera. Pero el contenido del globo es muy escaso. Y hay que salir a buscar otro. Es la diaria cadena de la lucha por la vida en una sociedad hostil. Y es también, es un deber decirlo: una acusación y una vergüenza.—(Fotos Aristides).